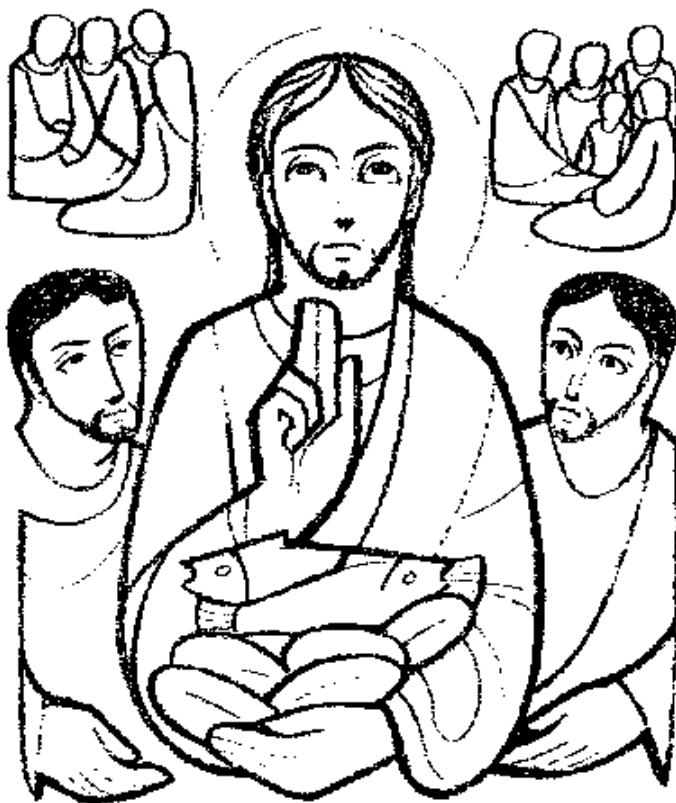


DOMINGO 18 DEL AÑO “A”

Is 55,1-3 + Rm 8,35-39 + Mt 14,13-21



■ Una llamada en vacaciones.

Cuando muchos están de vacaciones, cuando no estamos para mutua homilía, los textos litúrgicos nos abren a uno de los problemas más duros para toda conciencia humana, y para quienes queremos hacer de las palabras de Jesús luz y sentido de nuestra vida. Delante de nosotros están los hambrientos y enfermos que hoy pueblan nuestro mundo. Como si su presencia quisiera amargarnos las vacaciones. Pero también puede ser ocasión para que, en estos días de descanso, pensemos un poco más sobre cómo queremos pasar por el mundo y cuál es nuestra relación con el prójimo necesitado.

■ El drama de nuestro tiempo.

La pobreza y el hambre son el drama de nuestro tiempo, más que cualquier otro. Sí, más que cualquier otro. Lo denuncian con firmeza muchas voces, en la Iglesia y fuera de ella, porque para comprender ese drama no hace falta ni siquiera creer en Dios, ni la Iglesia tiene el monopolio del bien. Eso sí, hace falta sensibilidad para comprender que el pobre es de mi propia carne. Y si soy creyente, sé que esa carne, la suya y la mía, ha sido asumida por Dios en la Encarnación de su Hijo. Misterio esencial, que nunca acabamos de asumir los creyentes.

■ Derecho a cocina.

Y ni siquiera necesitamos esas voces «autorizadas» que denuncian la situación de los hambrientos. Porque ellos mismos, los pobres, nos hablan cada día de su tragedia a través de las imágenes que la televisión pone en el comedor

de nuestras casas. Los más jóvenes ya no han conocido lo que en la España de los años de la posguerra significó aquello de “subarriendo de habitación con derecho a cocina”. Es terrible que tres cuartas partes de la humanidad viva y muera hoy sin «derecho a cocina». Y este drama no sucede por una especie de fatalidad, o por los desastres naturales, sino por unos «mecanismos perversos, económicos, financieros y sociales» (Juan Pablo II). Es una situación provocada por el egoísmo del Primer Mundo.

■ Acabar con el hambre en el mundo.

¿Hay solución? Sí. ¿Hay voluntad humana, política e individual, de cambiar la situación? No. La respuesta puede parecer fuerte, pero los hechos reales no permiten otra. Año tras año, década tras década, crece el abismo entre pobres y ricos. Con el Concilio y con los santos Padres, la Iglesia afirmó: «Alimenta al que se muere de hambre, porque si no lo alimentas lo matas». La campaña «Pobreza Cero» nos dijo que «la humanidad tiene hoy en sus manos la capacidad de acabar con el hambre en el mundo». Se nos ha invitado a reflexionar: “¿Cómo juzgará la Historia a una generación que pudo acabar con el hambre en el mundo y no lo hizo?”.

■ Peligro de reacciones violentas.

Y no faltan tampoco las voces que avisan del peligro de la violencia a la que el hambre puede conducir a quienes la padecen. Hay muchas palabras que lo adviertan. Sirvan como muestra éstas de un hombre nada violento, Pablo VI: «Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos

hombres viven sumergidos en la ignorancia, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales..., todo derroche público o privado, toda carrera de armamentos, se convierte en un escándalo intolerable. Nos vemos obligados a denunciarlo. Quieran los responsables oírnos antes de que sea demasiado tarde».

■ Rasgos del texto evangélico de

El evangelio no da recetas. Pero veamos el evangelio de hoy y procuremos trasladarlo a nuestra vida:

“Jesús vio el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos”. Conjuguemos estos verbos: Veamos, no retiremos la mirada ante lo que ocurre. Sintamos lástima, dejémonos conmover por la necesidad ajena, que nazca en nosotros la misericordia. Curemos, actuemos con eficacia, con una vida mucho más austera y generosa, pero también con una implicación política a favor de los pobres.

Los discípulos piden a Jesús que despida a la multitud. Hoy, como ayer, «que se las apañen o que lo arreglen otros». Jesús pone la solución en manos de sus discípulos: “Dadles vosotros de comer”. Con lo que algunos aportan, Jesús alza la mirada al cielo: «Señor, todos los bienes son tuyos. Bendice estos alimentos, recibidos de tu generosidad que ahora te presentamos. Haz que sean, para nosotros, pan de vida».

■ El milagro.

Y la solidaridad hizo el milagro. «Comieron todos hasta quedar satisfechos.»